



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: El descubrimiento: la conmemoración como el Narciso de nuestra cultura

Autor: Silva, Janice Theodoro da

Forma sugerida de citar: Silva, J. T. da. (1988). El descubrimiento: la conmemoración como el Narciso de nuestra cultura. *Cuadernos Americanos*, 5(11), 65-75.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año II, núm. 11, (septiembre-octubre de 1988).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

EL DESCUBRIMIENTO: LA CONMEMORACION COMO EL NARCISO DE NUESTRA CULTURA

Por *Janice* THEODORO DA SILVA
UNIVERSIDAD DE SÃO PAULO

CONMEMORAR LOS descubrimientos no es una tarea fácil para la población latinoamericana. Sería absurdo conmemorar la destrucción de los pueblos indígenas. Todos nosotros, descendientes de aztecas, mayas, incas, tupí-guaraníes, portugueses, españoles, holandeses, estamos de acuerdo respecto de la violencia utilizada por los descubridores y colonizadores contra los indígenas para integrar este "Nuevo" continente a la cultura europea.

¿Qué significa para el historiador el gesto de la conmemoración de una fecha histórica? ¿Qué significa conmemorar los descubrimientos?

La fecha de la conmemoración es un símbolo por el cual un grupo social rememora su historia. El acontecimiento que ha sido seleccionado gana sentido y pasa a formar parte de nuestras tradiciones. En la medida en que la narrativa histórica se consolida, aumenta la ilusión de que una fuerza emana de este pasado cargado de significación. Sin embargo, al repetir, desarticular y articular algunos de los marcos de este relato, creamos también la posibilidad de dirigir críticamente la mirada sobre los eventos fijados por la memoria.

Al conmemorar, al rehacer esta narrativa, surge la posibilidad de trascenderla. Nos encontramos frente a cientos de variantes hechas a la exposición original que se elaboró sobre el Descubrimiento. En este sentido, los festejos anuncian siempre la posibilidad de una revelación a través de la cual los eventos escogidos pueden ganar nuevos significados.

Hoy, los descubrimientos nos remiten a dos diferentes órdenes de significados. El primero corresponde al imaginario europeo del siglo xv para el cual América se constituía en el "Nuevo Mundo". En él los descubridores y colonizadores deberían implantar todos los patrones básicos de la cultura europea. Las ciudades construidas según las determinaciones de los europeos deberían implantar los patrones básicos de la cultura europea. Deberían

crear un mundo "nuevo" a la imagen y semejanza del "viejo" mundo. América, vuelta a hacer sobre el modelo europeo, se constituía en elemento básico para el montaje de una economía mundial que tenía su centro en Portugal y en España.

El segundo nivel permite armar la conmemoración a partir de los fragmentos de las culturas prehispánicas. Estos fragmentos favorecen la producción de utopías centradas en nuestro pasado indígena. Utopías de sociedades sin clase, de comunidades donde los latinoamericanos podrían escapar de la trágica condición colonial. Conmemorar, en este sentido, significa traer a la memoria las resistencias culturales. Estas supervivencias, típicamente latinoamericanas, se constituirán en desafíos al mundo de lo "siempre igual" creado por la cultura europea.

Tanto por un camino como por el otro la conmemoración satisface, en forma narcisista, nuestro *ideal de cultura*, contenido en estas dos vertientes. Es decir, hay varias historias que pueden recordarse y conmemorarse en una misma fecha sin la necesidad de que se instituyan como las verdaderas. Los festejos sólo indican la presencia de un evento imaginario (mito) o real que fue transformado en símbolo por nuestra sociedad y que se mantiene en la memoria a través de los siglos.

Debemos festejar porque al realizar los festejos activamos nuestros recuerdos para elaborar las conexiones que nos permitan pensar críticamente el pasado. Repitiendo por cuatro siglos la historia de los descubrimientos regresamos a lo ya vivido, como si a través de este reencuentro pudiésemos encontrar la liberación.

Conmemorar, celebrar, fertilizar el terreno con críticas, o aún parodiar la conmemoración y sus festejos, es una forma de reflexión sobre los descubrimientos para deshacerse de modelos arcaicos cristalizados por nuestra civilización. Atentos a la repetición podemos despertar, a través de un proceso de reinterpretación del pasado, todo el lado demoníaco de la obra colonial emancipando a la historia latinoamericana de su antigua contextualización.

Esta debería ser la forma brasileña de festejar la historia, trágica y maravillosa, que simultáneamente se produjo en este continente. Tal vez sería más fácil para el hombre contemporáneo ver la historia europea y percibir los límites que esta cultura impuso a nuestra percepción del mundo, *del Otro*.

Esta es la reflexión que trataremos de hacer: *la cultura ibérica y su contrapunto inglés*. España e Inglaterra colonizaron América creando tradiciones culturales que no se equivalen. Cada cual manejó, a su modo, concepciones de vida, a veces medievales, a veces modernas.

La vertiente ibérica (portuguesa y española) cargó con el cuadro escenográfico medieval hasta el otro lado del Atlántico. Las naves y carabelas no sólo llevaban provisiones sino que dejaban, en América, una serie de objetos necesarios para que los colonizadores lograran la recomposición de las estructuras de poder según el modelo conforme al cual habían sido concebidas en Europa.

Todo el potencial moderno, presente en las grandes navegaciones, se disuelve en la medida en que el colonizador es obligado a recrear su tradición cultural en el Nuevo Mundo. Éste es llevado a *repetir* y valorizar el pasado. El equilibrio entre la percepción sensible y la intelectual se deja penetrar por una visión profética de la obra colonial.

La vertiente anglosajona es más moderna. En ella la cotidianidad colonial se constituye a partir de la duda con relación a los propios referentes. Es un mundo en crisis que ve con cierta distancia las representaciones heroicas típicas de la colonización ibérica. Inglaterra opta por las navegaciones, por el comercio y, especialmente, se pone en favor de la *piratería* y se ahorra los proyectos muy dispendiosos, de coloniaje. Prefiere concentrar sus formas de pensamiento en los orígenes de la riqueza, en una interpretación básicamente económica de sus relaciones con un mundo recién descubierto.

El colonizador inglés construye todo su universo material sin el apoyo del Estado, cosa que lo obliga, en esa situación de abandono, a tomar conciencia de su situación real. El colonizador español, en cambio, incorpora la presencia imperial del Estado a través de la posibilidad de recomponer su imaginario señorial. Imaginario que contenía todos los símbolos responsables de la jerarquía social. No se podía prescindir del lujo, de la majestad, de la fortuna y de la gloria. La conquista, en este sentido, debía realizarse en medio de la holgura y de la utilería escenográfica.

Nada puede ilustrarnos mejor, respecto del caso inglés, que *Hamlet*, príncipe de Dinamarca. A través de este personaje nos damos cuenta con claridad del pensamiento moderno. A pesar de su condición privilegiada como príncipe de Dinamarca, este personaje considera y afirma en público que el país es una cárcel y lo que hace es disolver el sentido mágico de la dominación. Rosencrantz, su interlocutor, le responde: "Si así fuese, el mundo también lo sería", a lo que Hamlet replica: "Una buena cárcel, en la cual existen muchas celdas, calabozos y mazmorras, y Dinamarca es una de las peores". Rosencrantz trata de mantener las apariencias cuando dice que él no lo cree así, a lo que Hamlet

concluye: "Pues no lo será para vos. Nada en sí es bueno o malo; depende de lo que pensamos. Para mí es una cárcel".

Como nos lo recuerda Auerbach, Hamlet es gordo y pierde el aliento y Cassio, en *Otelo*, está borracho. Los héroes de Shakespeare son modernos y están cansados. En el proceso de la conquista los ingleses se presentan a ellos mismos como gente sencilla y vinculada a lo cotidiano, a la naturaleza. Sus fantasías valoran los elementos de la cultura que puedan ser aprehendidos bajo el signo de lo funcional. Todo debe tener una utilidad y por lo tanto no se inserta en la historia como un absoluto.

El elemento inglés oscila entre lo que puede ser bueno o malo y en esta oscilación construye frágilmente. Aún en aquellas ocasiones en que se utiliza la piedra y no la madera, deja un margen para el cambio, para la ruptura. Los colonos ingleses saben romper con el pasado colonial, con el abandono.

El *trasplante cultural inglés* comprende formas de representación prisioneras de la lógica de los argumentos funcionales. Las luchas por la independencia se transforman en un gran repositorio del imaginario político norteamericano. Era necesario romper con los recuerdos del período colonial y con todas las formas de dominación externas. Proliferaron las fantasías democráticas capaces de revolucionar todo el orden simbólico típico del período colonial. América del Norte rompe con su pasado con total convicción y apoyándose plenamente en la expresión escenográfica de la independencia, capaz de romper con su pasado colonial, capaz de cambiar sus estructuras políticas. América del Norte negó al Otro: se organizó bajo el signo de la segregación.

El español opta por la majestad de la vida, de la edificación, por la piedra, que se impone y puede permanecer igual a través de los siglos. La catedral de México fue construida a lo largo de tres siglos.

El héroe portugués y español, aún cuando vive momentos de crisis, los representa a través de la gloria. Camões, por ejemplo, usa a Vasco da Gama para componer el perfil del Estado portugués, como figura básica de la representación ibérica, necesaria a la construcción épica.

Dentro de este tema, por ejemplo, el simple sombrero del rey de Melinde, en *Os Lusíadas*, se transforma en un objeto *redondo empíreo alto e de seda*. La escena está ennoblecida por Camões en este breve contacto de Portugal con su primer aliado en Oriente. La descripción es minuciosa: los detalles del paisaje, el dibujo que forman las naos en el Océano, la fiesta nocturna y el encuentro con el soberano local (todas estas categorías plásticas de

la epopeya camoniana fueron estudiadas por Carlos Ascenso André).

Don Quijote, con su comicidad, mantiene en pie esta fantasía. No importa si la escena real se caracteriza por la opulencia o por la decadencia. Dulcinea permanece encantada y el imperio se sostiene como una imagen que satisface a muchos de ambos lados del Atlántico. Retomando los versos de Alonso de Ercilla, el Quijote recuerda que "El vencedor es tanto más honrado/ cuanto más el vencido es reputado".

Lo importante, dentro de este contexto, es mantener el honor como un referente. Victoriosos o derrotados, deben saber cómo conservarlo. Embebidos en sueños imperiales y relaciones patriarcales supimos preservar cierto gusto por la retórica de la independencia y mantuvimos al Estado como una fantasía mayor.

*Lo viejo y lo nuevo:
imágenes del siglo XVI*

ESTAS representaciones son muy importantes porque América, como nos lo recuerda Edmundo O'Gorman, fue inventada antes de ser descubierta. Es decir, el descubridor, al construir el *Nuevo Mundo* "representó" su sueño, su deseo, a partir de los recuerdos de lo que vio y vivió en Europa.

La reproducción de las tres dimensiones del espacio en el plano a través de la perspectiva (como nos lo recuerda Pierre Francastel al analizar aspectos de la simetría en el siglo XVI), permitió la reconstrucción del mismo espacio escénico europeo en América. Lo nuevo surgía como reflejo de lo viejo: la imagen y la semejanza.

En este sentido, la obra de la conquista necesitaba la representación para transformarla en realidad, en objetos de cultura material. Eran importantísimas en este trabajo las expresiones escenográficas (la implantación de la cultura material europea y las formas de manejo de estos símbolos) de los descubrimientos y de la colonización. Vale la pena recordar la destrucción del Templo Mayor en Tenochtitlan. La escena reproduce el regreso a casa de Ulises e inmediatamente después la puesta en claro de su supremacía frente a los rivales, de tal manera que la forma en que se da el enfrentamiento mantiene íntegramente la fuerza épica del héroe.

Aquello que en Europa se da como tema del arte se convierte en América en realidad. La percepción del mundo es *pictórica* en el primer caso y *teatral* en el segundo.

La *armonía* renacentista se transformaba en *desarmonía* en el "Nuevo Mundo". Españoles y portugueses luchaban para destruir la antigua expresión escenográfica de las poblaciones precolombinas. La uniformidad del diseño indígena, la funcionalidad de los mercados, la limpieza de las calles deberían ser consideradas por el colonizador como elementos exteriores al código indígena y por lo tanto incorporables a las necesidades de la colonización.

Los símbolos de la servidumbre, básicos para el funcionamiento de la historia europea, se repetirán en forma mimética. Sin embargo, aunque se los reprodujese con cuidado dejaban las marcas de otro sistema de referencias desconocido. La servidumbre de los indígenas no era sentida por los europeos como voluntaria, factor que hería constantemente la integridad del ordenamiento estamental.

Las poblaciones indígenas, a pesar de los esfuerzos de la iglesia y de los colonizadores, mostraban, en el intermedio, la presencia de otras formas de conducta. Imitaban para hacerles creer a los españoles que la asimilación cultural disolvía el pasado precolombino. Para desintegrar al pasado indígena los conquistadores sobrevalorizaban los símbolos del poder. La majestad de los edificios, el lujo, la amplitud de las plazas, el porte de las iglesias, el uso abundante de la plata y del oro cuya utilización se hacía cada día más necesaria.

En este sentido, la ciudad, como repositorio de símbolos materiales, se convertía en el lugar privilegiado para la realización de un largo ritual. Descubridores e indígenas se transformaban en artífices del Nuevo Mundo. De este enfrentamiento surgía una nueva generación capaz de manejar los mismos símbolos europeos traspuestos en un lenguaje aparentemente homogéneo.

La iglesia intentaba traducir, favorecer la similitud entre los símbolos para que un azteca, inca o tupí pudiera encontrarse en la imagen de Dios, y así corporificar las armonías del universo. Intentaba reproducir, a través de la creación de las villas, ciudades y monumentos, esta imagen ordenada a partir de la representación europea.

En el cuadro de Leonardo da Vinci, *La Gioconda*, nos sorprende el equilibrio y la perfección. Miguel Ángel domina la piedra con la misma especie de locura que los descubridores esculpen sobre la cultura precolombina. La masa que gana forma se va integrando a partir de los elementos de esta otra cultura y de la misma población indígena. Masa sobre la cual fue esculpido el patrón europeo. La generación nacida de la convivencia con las

indígenas no se parecía en nada a los niños pintados por Rafael. En lo negro de los ojos, del cabello, se perdía la identidad europea y sólo se recuperaba el argumento político: todos eran súbditos del rey. Una identidad sin figura. Los niños indígenas no habían sido representados; formaban parte de América.

Lo "viejo" y lo "nuevo" son imágenes constantes en la estructura mental de los colonizadores del siglo xvi. La expresión "Nuevo Mundo" indica la maternidad de la figura europea. La otra historia, la que se refiere a las poblaciones indígenas, fue *devorada* por la *tradicción* del "Viejo Mundo".

La América española y portuguesa poseía una población que fue en gran parte destruida a través del convivio con lo europeo. Desgraciadamente, perfección y destrucción son elementos correlativos de una misma estructura mental. En medio de mucha violencia los artífices colonizadores habían transformado a todo el Continente, realizando en él la mayor obra de creación: el Nuevo Mundo.

El Mundo denominado Nuevo se hizo a partir de fantasías elaboradas sobre la renuncia al Viejo Mundo. Al expresar la cultura europea, centrada en la forma humana, el colonizador fue obligado a enfrentarse con figuras indígenas que representaban "principios opuestos y que se conciliaban independientemente de un elemento central", como nos lo demostró Rubén Bonifaz Nuño al analizar la imagen de Tláloc. Pocos supieron hacerlo con tanta precisión.

Observando su análisis comprendemos la imposibilidad de contraponer figuras. La imagen de Tláloc es un símbolo importante de este desafío, porque no pudo ser incorporada como elemento central de la cultura indígena. Ella nos pone ante otros patrones cognoscitivos que no forman parte de nuestra memoria. Por lo tanto no pueden ser incluidos en el proceso de mezcla racial.

Una memoria *fragmentada* siempre intentará recomponerse como una continuidad aunque se sustente en la falsa conciencia de la cultura precolombina. Una memoria fragmentada organiza, asimila y mezcla, compone, en fin, la fantasía de la *identidad latinoamericana*.

*La repetición de la forma:
fantasía de la identidad latinoamericana*

LA colonización portuguesa y española comprendió el trasplante al otro lado del océano de las formas de representación ibérica. Transformadas en acción, estas imágenes pasaron a regir la con-

quista y la exploración de América. La repetición de la forma y del diseño exigió mucho trabajo del indígena y del negro. Se construyeron ciudades enteras donde se rejerarquizaban culturas con las cuales nos enfrentábamos.

La ocupación del territorio mexicano, por ejemplo, implicó el contacto con civilizaciones complejas y, para imponerse, el español se vio obligado a destruir y construir un perfil europeo sobre el diseño indígena. En el caso de México este rito de destrucción fue básicamente urbano. Se intentaba dar uniformidad, obedeciendo a los patrones europeos, a las calles y fachadas. Las iglesias, los conventos, las misiones, reunían en su interior todos los elementos necesarios para la reproducción del referente europeo.

El mismo proceso de construcción significaba trabajo de ca-
tequesis. Al reproducir formas el indígena se volvía apto para moverse dentro de un código muy distante del suyo. Aprendía a imitar. No podía recordar pues no poseía la memoria exigida, mas era capaz de construir una iglesia incorporando la memoria de los franciscanos responsables de las edificaciones.

Observamos, al analizar el patrimonio urbano colonial, el montaje concomitante de dos patrones de cultura: el europeo que *repite* su referente cultural por miedo a perder la *identidad*, y el indígena, que *imita*. El reproducir el modelo con cuidado y perfección define una conducta que favorece su supervivencia. El artesano indígena era un personaje indispensable en la colonización.

La cuestión de la identidad latinoamericana siempre regresa a este punto. Para el europeo, la *repetición* tuvo como base la represión de todo lo que deseó y perdió al dejar Europa. En cambio, para el indígena la imitación resultó de las exigencias del conquistador y tuvo como consecuencia el mantenimiento de la vida. Es decir, al indígena la idea de regreso al pasado precolombino o de negación del referente cristiano lo introducía a *la muerte*. En dirección inversa, repetir los rituales de origen cristiano significaba perpetuar la *vida*.

La ambivalencia de estos símbolos en el contacto entre indígenas y europeos favoreció la inmovilización de las formas arcaicas de relaciones sociales. Éstas intentaron permanecer iguales aun cuando ocurrieron transformaciones económicas y políticas. *Las representaciones fueron petrificadas en medio de los rituales de repetición de las formas.*

En resumidas cuentas, es de gran interés analizar la importación y la reproducción de la cultura material europea en el caso portugués y español, en especial de los símbolos del poder. La

reproducción de estos símbolos exigió que la expresión escenográfica de la conquista fuese cristalizada por sus héroes y al realizar esta tarea el colonizador inmovilizó su proceso cognoscitivo a través de la repetición.

Ni siquiera las luchas por la independencia lograron interferir en el proceso de repetición de esos símbolos, ya que éstos fueron incorporados al discurso político de los sectores más avanzados de la sociedad. La ruptura con la metrópoli no alteró las relaciones sociales, es decir, mantuvo sin tocar a los símbolos del poder. Éstos se consolidaron y coexistieron siempre con proyectos políticos más modernos.

*El mito de los opuestos:
vencedores y vencidos*

VENCEDORES y vencidos en la historia de los descubrimientos y de la colonización es un tema difícil de abordar. Difícil porque esta oposición entre los personajes envueltos en el conflicto se constituye como una dualidad solamente cuando se la analiza a partir del código europeo. Pueden existir, dependiendo de la cultura estudiada, otros órdenes de significaciones en los cuales la oposición no es explicativa.

Frecuentemente analizamos el proceso de destrucción de las civilizaciones precolombinas como si tuviésemos frente a nosotros, en una misma batalla, elementos que fuesen igualmente capaces de manejar las mismas reglas; esto no podía ocurrir en América porque estábamos frente a otra cultura.

Los vencedores crearon una historiografía que trataba de descifrar, con dosis mayores o menores de amor (como nos lo recuerda Todorov) el proceso de dominación de la población indígena. Al seguir este camino, invocamos la racionalidad de la empresa colonial para que se pueda comprender el enigma de las civilizaciones precolombinas. Descifrar enigmas forma parte, exclusivamente, del pensamiento moderno. En la medida en que tratamos de descifrar al Otro aumentamos el poder de nuestra narrativa. En realidad, el gran interés por los enigmas de las culturas "exóticas" nos muestra nuestro gusto por el universo de la ficción; mantenemos hasta el día de hoy un cierto placer en desenredar la trama de la historia.

Cuando nosotros suponemos que existe la posibilidad de describirlo todo, trabajamos con la hipótesis de una memoria común, una memoria secuencial de las civilizaciones donde los precolom-

binos se presentan como los precursores de los europeos. Recorriendo la línea del tiempo nos damos cuenta que pasamos del enfrentamiento a la asimilación; el resultado final de esta ecuación es la cultura latinoamericana.

Al seguir la cronología que se sustenta en una cadena de eventos escogidos *a posteriori*, reverenciamos la historia que se inicia con los descubrimientos; después valoramos el conflicto y lo transformamos en la raíz de nuestra identidad. Lo que pasa es que nuestra memoria se constituye con una parte de ese relato, y lo demás, lo que conocemos, lo que quedó, consiste en pequeños fragmentos dispersos incapaces de organizarse alrededor de un significado.

Para poder responder a esta imposibilidad, recomponemos una secuencia y en ella rescatamos el supuesto movimiento de oposición creado entre dominados y dominadores y realizamos una falsa idealización del sentido histórico. ¿Por qué necesitamos rescatar al pasado prehispánico del mismo modo que rescatamos al nuestro? Tal vez la interrupción de este supuesto hilo conductor pueda significar una difícil pero necesaria convivencia con la sensación de *olvido* y de *pérdida* definitiva de algunas estructuras de significación de las culturas precolombinas. Del mismo modo evitamos enfrentarnos a la muerte, la escondemos, le tememos, sin pensar que los indígenas la incorporaban dentro de otra estructura: aún hoy los niños mexicanos comen dulces en forma de calaveras.

Cuando hablamos de asimilación suponemos que dos culturas en choque poseen el mismo patrón cognoscitivo. Esto último no es cierto en el caso de las culturas precolombinas y la cultura europea. Los indígenas pudieron revelar a los misioneros, cuando querían compartir su historia, lo que juzgaban similar y, por lo tanto, podía ser traspuesto a los significados del texto europeo. El reflejo de la imagen en el espejo exige la presencia de la figura. Si no logramos aprehender la figura, en su dimensión cultural, no obtendremos la representación de esta imagen. Rubén Bonifaz Nuño, a partir de la imagen de Tláloc, nos muestra los errores de aquellos estudiosos que se apegaban a los textos escritos para comprender las imágenes indígenas. No se puede traducir significados ni tampoco una cultura por otra.

Vencedores y vencidos son términos que nos llevan a suponer, como posibilidad, la resistencia cultural. Habla de un profundo deseo de recobrar un universo perdido, de rehabilitarlo como raíz de una *identidad indígena y nacional*.

En este sentido, la cultura europea instituye al Otro sin conocer el *concepto* que permitió al indígena realizar sus formas de

representación. Nosotros preferimos hablar en resistencia y no en *muerte*, porque lo que tememos no es la muerte del Otro, sino la muerte de nuestra cultura, le tememos a la muerte y al olvido.

El tratar de componer una narrativa histórica como universal, hacer de un patrón cognoscitivo el único y crear una identidad latinoamericana es suponer que nuestra imagen, plena y perfecta, pueda reflejarse en el espejo aunque la figura que ahí se forma sea otra, aun cuando esa figura tal vez no exista.

Sueños de orden, precisión, perfección o, aún, sueños de la Razón, son sueños omnipotentes, sueños modernos del hombre moderno.

Traducción de Valquiria Wey